

Paraguas Rojo, "La prueba". 3º de ESO.

Era un maravilloso día de verano y Rebecca y su hermana estaban jugando a saltar por el acantilado que había al lado de su casa de verano. Justo antes de que su hermana saltase su madre las llamó para hacerse una foto. Quería tener un bonito recuerdo de ese día para siempre.

Nada más llegar al agua su hermana le dijo que estaba helada. Rebecca rio, convencida de que su hermana estaba de broma y entonces se tiró al agua de cabeza.

Cuando entró en el agua notó como si el cuello se fuera a separar de su cuerpo, acto seguido notó una fuerte punzada de dolor en el mismo lugar. Intentó salir del agua pero no podía moverse, las piernas no le reaccionaban. Movi6 los brazos con todas sus fuerzas pero no era suficiente para levantar el peso del cuerpo. Se ahogaba, se estaba quedando sin aire. Empezaba a verlo todo borroso cuando alguien la sacó del agua y la tumbó en la arena. Era su padre. Estaba gritando su nombre cuando ella abrió los ojos. Estaba muerta de miedo, por un segundo pensó que iba a morir.

Todo parecía un sueño. Empezó a ver luces rojas y azules y había muchísimo ruido. De pronto cesó todo, lo volvía a ver todo negro.

Al volver a abrir los ojos se deslumbró un poco, pues había mucha luz. Parpadeó un poco y se encontró a sus padres y a su hermana frente a ella. Extrañada miró dónde estaba tumbada. ¿Una camilla? ¿Y mi...dónde está mi ropa? ¿Qué hago con una bata de hospital? Eran demasiadas preguntas en tan poco tiempo. Su madre se acercó y se puso a acariciarle la mejilla.

-Mamá, ¿Qué haces? ¡Déjame y explícamelo todo!- dijo Rebecca.

-A ver cariño, has caído en el agua en una mala postura y tus piernas han quedado inmovilizadas. Te has quedado parapléjica- le respondió con un hilo de voz.

Rebecca se había quedado sin habla. Comenzaron a caer lágrimas por sus mejillas. Sentía tal vacío en el estómago que lo único que quería era quedarse sola y llorar como si no hubiera un mañana. Ya no podría volver a jugar, ni nadar, ni incluso caminar. Estaba rota por dentro.

Su madre intentó consolarla pero ella le decía entre sollozos que nada iba a ser igual, y en efecto, todo iba a cambiar.

Estuvo meses enfadada con el mundo. Se sentía inútil, un mueble, un peso muerto para la sociedad. Hasta que se acordó de lo que solía hacer en sus ratos libres. ¡Claro, el baloncesto! Se acordó que tiempo atrás vio un partido de baloncesto de atletas paralímpicos y pensó que eran unos héroes al poder haber afrontado su vida tal y como eran. Entonces se sintió como una heroína. Sintió que era capaz de todo. Era imparabile.